

Sangre en el paraíso

Manuel Penella

grádo cero [á] crónica

Sangre en el paraíso

Manuel Penella

grado cero [ã] crónica


© Manuel Penella Heller, 2007

© Grand Guignol, s. L., 2007

Fotografía de cubierta: derechos reservados al autor

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 grand guignol ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid

e-mail: grandguignol@telefonica.net

www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:

ISBN-13: 978-84-935090-0-2

Impreso en España

¡Haz lo que quieras!

Aleister Crowley
El libro de la ley

*Fuerzas la entrada de una casa. No robas; andas
por la casa y el miedo te levanta como olas.
Es como andar sobre olas de miedo.*

Charles Manson

*No se arrepintieron de las obras de sus manos [...],
ni se arrepintieron de sus homicidios ni de sus maleficios,
ni de su fornicación, ni de sus robos...*

Apocalipsis, 9 – 20

ÍNDICE

1.	Las dos matanzas de agosto de 1969,	9
2.	Charles Manson,	31
3.	La familia,	41
4.	El <i>Wizard</i> ,	56
5.	<i>Helter Skelter</i> ,	83
6.	Dos noches de agosto,	93
7.	El Valle de la Muerte,	111
8.	La investigación,	145
9.	Juicio y condena,	161
	Nota,	167

[1]

Las dos matanzas de agosto de 1969

Son casi las cinco de la mañana cuando Steven Shannon se detiene a la altura del número 10.050 de la calle Cielo Drive, en Bel Air, distrito de Beverly Hills. Deja un ejemplar del *Los Angeles Times* en el buzón. Está amaneciendo. Shannon reanuda su camino algo pensativo: es raro que el cable del teléfono cuelgue sobre la acera.

A eso de las siete y media, Seymour Kott, residente en el número 10.070 de la misma calle, recoge su ejemplar del *Los Angeles Times*. Es el sábado 9 de agosto de 1969, una mañana limpia. Acostumbrado a los encantos de Bel Air, al bien cuidado césped, los frondosos árboles y los arbustos floridos, Seymour Kott se desentiende del alegre piar de los pájaros, pero se fija en un cable cortado que cuelga frente a la casa de sus vecinos, los Polanski. También ve la luz encendida en el garaje del 10.050. No es asunto suyo. Es su hora del desayuno, con el periódico.

A las ocho y media, puntual como siempre, Winifred Champman, asistente de los Polanski, desciende de un viejo Mustang. Su amigo Jerry acelera calle arriba, sin fijarse en el cable cortado, lo primero que a ella le llama la atención. Winifred coge el periódico y abre el portón con su llave. Al verla, los perros gimen de placer. Están atados al fondo, donde está la casa de huéspedes. A espaldas de Winifred, el portón se cierra automáticamente, con lentitud. Hay luz en el garaje. Winifred se pregunta cómo pudo romperse el cable del teléfono. Rodea la casa. Como de costumbre, la llave está a su disposición encima del marco de la puerta de servicio.

Todo tranquilo, en completo silencio. Winifred experimenta una sensación placentera, propia de quien, dejando atrás un escenario modesto, entra en un mundo de ensueño en el que hasta las cosas prácticas brillan de modo especial, como si hubieran sido hechas una por una con el propósito de agrandar y pensando en el efecto del conjunto. Va a la cocina. La luz del patio interior está encendida. Winifred descuelga el teléfono. Va al comedor, con la intención de anunciar, si hay alguien despierto, que el teléfono no funcio-

na y que el cable, de alguna manera, se ha roto. Hay un hermoso ramo de flores. Este ramo es lo último que puede ver realmente. Le falta el aire, se lleva una mano al pecho.

Hay una toalla manchada de sangre en el suelo; hay regueros de sangre y manchas rojas por todas partes; hay sangre en la puerta entreabierta, hay un gran charco de sangre en el zaguán y, más allá, un cuerpo en el césped. Winifred no se atreve a entrar en la sala. Sale corriendo por la puerta de servicio, con el corazón latiendo vertiginosamente. Quiere gritar, pero sólo emite sonidos que únicamente ella puede oír. Es como si se estuviera ahogando en su propio terror. Los perros han empezado a ladrar, los tres a la vez o, a intervalos, uno tras otro. Al apretar el botón para que se abra el portón automático, Winifred reacciona, estremeciéndose, al notarlo pegajoso, al verlo manchado de sangre. Winifred corre a la casa de al lado, pero nadie le contesta. Se dirige entonces a la casa de los Asim. Ahora puede gritar de verdad.

Jim Asim, de quince años, oye el timbre, oye gritos. Sus padres han salido, está solo. Palidece al ver a Winifred.

—Hay cuerpos y sangre por todas partes... ¡Llama a la policía!

Jim tiene que marcar tres veces el número antes de acertar. Sin moverse, mirándose para quitarse el miedo, la mujer y el muchacho tienen que esperar una eternidad. Al final, cuando ya no saben qué hacer, cuando se creen olvidados, la primera sirena se oye a lo lejos.

A las nueve y cuarto de la mañana del día 9 de agosto de 1969, los policías De Rosa y Whisenhunt, de patrulla por la zona oeste de Los Angeles, recibieron el mismo aviso: *Posible homicidio. 10.050 de Cielo Drive*. Hacia allá fueron, cada uno por su lado, sin darse demasiada prisa, sin descuidar otras obligaciones.

Posible homicidio. Esto no significaba gran cosa para los dos policías. En los Estados Unidos se produce un asesinato cada dos horas; cada veintisiete minutos, una violación; cada cinco minutos, un robo a mano armada. Ocho mil setecientos sesenta asesinatos anuales. Hay no menos de cinco asesinatos por cada cien mil habitantes. Unos diez mil asesinatos andan sueltos. Sólo en Los Angeles se comete un asesinato diario. De allí la parsimonia policial, tan desesperante para Jim y para Winifred la mañana del 9 de agosto de 1969.

De Rosa llegó al 10.050 de Cielo Drive antes que su compañero. La sirena de su coche hizo salir a la calle a Jim y a Winifred...

—¡Hay cuerpos y sangre por todas partes!

De Rosa estudió la casa del 10.050. Muy lujosa, estaba algo apartada de las demás en lo alto de una colina y resguardada por hermosos árboles y una cuidada vegetación. De Rosa pidió a Winifred que le abriera el portón de casi dos metros de altura y, pistola en mano, aprensivamente, entró en la propiedad. Lo primero que hizo fue buscar refugio detrás de un árbol. Al fondo había una casita, una casa de huéspedes, donde había unos perros atados que le ladraban histéricamente. El jardín era paradisíaco, verde y florido. Había tres coches estacionados en desorden. De Rosa se hacía su composición de lugar cuando llegó el agente Whisenhunt. Winifred y Jim permanecían en la calle. El portón se cerraba automáticamente.

Whisenhunt y De Rosa se entendieron por señas. De Rosa fue, agazapado, hasta el coche más cercano, un Rambler Ambassador de color blanco. El primer hallazgo: sentado en un charco de sangre, un joven yacía dentro del Rambler. Le habían disparado a quemarropa por la ventanilla. Uno, dos, tres, quizá cuatro balazos. No se pararon a contarlos. La sangre había salpicado el parabrisas. Los perros ladraban ahora por turnos, lúgubrementes.

A varios metros del Rambler, estacionados delante de la puerta del garaje, había otros dos coches, un Firebird amarillo y un Porsche negro. Los policías se refugiaron tras ellos. Por un ventanuco lateral, De Rosa se asomó al garaje, donde había un Chevrolet Camaro. Daba la sensación de que en esta casa no había nadie con vida. Bordeando la pared, agachados para no ser vistos desde las ventanas, los dos policías llegaron al jardín delantero.

En el césped yacía un hombre, un resto contrahecho, con la camisa y los pantalones llenos de tajos; se hallaba embebido en sangre oscura. Más allá, a unos siete metros, había otro cuerpo, a los pies de un abeto. Una mujer. Sólo la cubría un leve vestido de noche, blanco y sangriento. Sus ojos estaban muy abiertos, como su boca, en una sostenida expresión de horror. Como siempre, lo más incongruente era la quietud, la forma peculiar que tiene la violencia de solidificarse en el escenario de un crimen. En ese momento llegó el agente Burdbridge.

En el zaguán de la entrada principal había un charco de sangre. Allí, sin pisarlo, se quedó De Rosa, con el dedo en el gatillo. Whisenhunt y el recién llegado Burdbridge se pegaron a la pared de la mansión y la rodearon, en busca de la puerta de servicio. Los tres se protegían contra la eventualidad de que el asesino no hubiera tenido tiempo de escapar.

Burdbridge y Whisenhunt encontraron cerrada la puerta de servicio. En su huida, Winifred la había cerrado de un portazo. Los policías examinaron las ventanas. Estaban cerradas, como si hubieran tenido puesto el aire acondicionado, pero una de ellas les llamó la atención. La ligera persiana de esta ventana tenía un agujero en la esquina inferior derecha; alguien había violentado las varillas, tirando de ellas hacia afuera. La ventana estaba abierta de par en par. Con mucho cuidado, sin soltar su revólver, Burdbridge, en mejor forma física que su compañero, se introdujo en la casa. Olía a pintura fresca. Por el mobiliario, por los juguetes, por los colores, era la inconfundible habitación de un bebé.

Los dos policías se adentraron en la casa sin hacer ruido. Tras examinar la cocina, el comedor, todas las habitaciones y los tres cuartos baño, llegaron, ya jadeantes, al vestíbulo principal.

La puerta que daba al jardín estaba entreabierta. Más allá, vieron el cuerpo rojo sobre el césped verde, como lo había visto Winifred. Había sangre en esa puerta, pero ellos, más acostumbrados a estas cosas, vieron lo que ella no había visto, el mensaje, la palabra *pig* [cerdo]. Alguien la había escrito en la puerta blanca y acristalada con sangre y con gruesos trazos. Llamaron a De Rosa con una seña. Les faltaba la sala de estar.

Casi en posición fetal, de lado, una mujer embarazada yacía sobre la alfombra. Unos pasos más allá, con la cara cubierta por una toalla, yacía un hombre boca abajo. Los dos cadáveres estaban unidos por un grueso cable de nailon atado a sus cuellos, un cable que había sido lanzado por encima de una viga del techo y cuyo extremo colgaba casi hasta el suelo, sin que fuera posible entender su función. ¿Acaso el asesino había intentado colgar a sus víctimas? Sólo parecía claro que éstas habían muerto acuchilladas, no ahorcadas. El prominente vientre de la mujer, embarazada, quizá a punto de dar a luz, no presentaba el menor rasguño. Para el asesino había sido lo único sagrado, de acuerdo a alguna ley nunca escrita que ni siquiera él pudo saltarse. Pero en esta casa ya no había nada que pudiesen salvar, como atestiguan la sangre seca en las piernas de la mujer y el charco de sangre coagulada.

Lo más importante era preservar el cuadro, no tocar nada. Los tres policías salieron al jardín y contemplaron la placidez cristalina del agua. Había cómodas tumbonas y vistosas sombrillas del otro lado de la piscina. Los perros ladraron con renovado furor, al ver que ellos se acercaban. Cinco cadáveres y

de pronto una voz imperiosa. Desde el interior de la casa de huéspedes, un hombre se dirigía autoritariamente a los perros:

—¡Silencio, carajo! ¡Ya basta! ¡Cállate, Cristóbal!

Y en efecto, un hombre apareció en la ventana. Era muy joven y tenía una desgreñada melena de color castaño. Se quedó como petrificado al ver a tres policías que le apuntaban al pecho desnudo.

Atado muy cerca de la puerta, como si estuviese encargado de protegerla, Cristóbal, un weimaraner de aspecto feroz, estuvo a punto de morder a De Rosa. Al menos, lo intentó. A punta de pistola, De Rosa sacó de la casa al joven. Con los brazos en alto, éste no salía de su estupor.

—¿Qué ocurre? —balbuceó.

—¿Quieres saber qué ocurre? Pues vamos a mostrártelo.

Ya esposado, el joven fue conducido hasta el cuerpo de la mujer que yacía boca arriba al pie del abeto. Exasperado ante ese cuerpo irreconocible, el joven dijo que era el de Winifred, la asistenta. Ya ante el cuerpo del hombre que yacía sobre el césped, a unos pasos de la entrada principal, negó con la cabeza. No lo conocía. Era un muerto desfigurado, sin una verdadera cara. Él joven fue víctima de un ataque de pánico y tuvieron que llevarlo casi en volandas hasta el Rambler Ambassador. Tampoco pudo identificar al muerto. Trasladado a la sala de estar, no dijo nada. Parecía idiotizado.

Sonaban, con siniestro ulular, a baja potencia, las sirenas de los tres coches policiales. Sus luces azuladas se mezclaban con la de una solitaria ambulancia. Algo grave había sucedido en el 10.050 de la calle Cielo Drive. Ya se había formado un grupo de curiosos. Esposado, firmemente sujeto por De Rosa, el joven medio desnudo fue presentado en sociedad:

—Se los ha cargado a todos.

Justo en ese momento, el joven vio a Winifred, paralizada en el borde de la acera. Trató de explicarse. ¿Quién era entonces la mujer muerta que yacía al pie del abeto? Completamente fuera de sí, el joven gritó que debía ser el cuerpo de la señora de Polanski, Sharon Tate, la protagonista de *El baile de los vampiros*.

Winifred y el joven fueron conducidos a la comisaría en coches distintos, al cuidado de De Rosa y de Whisenhunt respectivamente. Burdbridge se quedó en el 10.050 de Cielo Drive, con el encargo de que nadie tocara nada. Winifred se vino abajo y fue necesario ingresarla en un hospital. Primero los tranquilizantes, después el interrogatorio. El joven, identificado como Wi-

lliam Garretson, bajo fuerte presión, todavía medio desnudo, no lograba articular ninguna respuesta satisfactoria. Tenía diecinueve años, trabajaba en la casa. Era el sospechoso número uno.

A eso de las diez y media de la mañana había un helicóptero dando vueltas sobre el 10.050 de la calle Cielo Drive. Sacaba fotografías. Ya había unos cuarenta policías en movimiento. Curiosos y reporteros se agolpaban a la puerta de la casa de los Polanski. Nadie podía pasar, era una orden del jefe de policía de Beverly Hills. Todos tenían que contentarse con lo poco que se veía desde la verja, cubierta de frondosa vegetación. Se podía ver el garaje, pero la visión de la parte trasera de un Chevrolet Camaro no se prestaba a ningún comentario de interés. De vez en cuando, con evidente malhumor, algún policía salía de la casa y decía algo, una frase breve, intercalada entre sus quehaceres, sin admitir ninguna pregunta.

La policía se puso en contacto con la madre de Sharon Tate, para pedirle —sólo eso— el número de teléfono de William Tennant, el *manager* de la actriz. Tennant fue localizado cuando jugaba al tenis en un club de Los Angeles. Sin cambiarse de ropa, fue tan rápido como pudo a casa de los Polanski.

Con angustia creciente, Tennant identificó a Abigail Folger, la mujer que yacía al pie del abeto. El hombre caído a pocos pasos del zaguán era Wojciech *Voytec* Frykowski. En la sala de estar, identificó a Jay Sebring y a Sharon Tate. Lívido, a punto de desmayarse, Tennant tuvo que tomar asiento en una silla, dando la espalda a los cadáveres. Todavía no se había repuesto del todo cuando le pidieron que echase un vistazo al interior del Rambler Ambassador. No pudo identificar al muerto. A las once de la mañana, Tennant abandonó la casa. ¿De verdad era Sharon Tate una de las víctimas?

—Oh, no sea imbécil... —respondió Tennant.

Había muchas preguntas pero ninguna respuesta. El sargento Granado llevaba más de una hora tomando muestras de sangre. Entre los charcos y los vestigios, tenía ya cuarenta y tres. Hecho este trabajo, Granado meditó sobre el charco y las huellas que había en el zaguán. *Alguien* había pisado el charco y había dejado impresas sus huellas en el suelo de piedra gris. Para mayor seguridad, Granado las comparó con las de los policías y, posteriormente, con las de Winifred y con las del sospechoso número uno, William Garretson. Nunca las olvidaría; no correspondían a las de nadie conocido. Parecían co-

rresponder a unos pies descalzos, algo callosos, pero también a los de alguien que usase un calzado de suela muy fina.

Los inspectores Boen y Girt, especialistas en huellas dactilares, llegaron a la casa alrededor de las doce y media, cuando ya el escenario del crimen había sido estudiado al detalle. Sus compañeros les mostraron los restos de la culata de un revólver. Estaban ensangrentados, como si el arma hubiera sido utilizada como un martillo. Sobre un baúl, en una de las habitaciones, había varios agentes ensimismados en la contemplación de unas gafas, al parecer sospechosas. En sus correspondientes bolsitas, los investigadores habían clasificado las drogas que habían encontrado: diez cápsulas de MDA y treinta gramos de *haschish*, descubiertos en la mesilla de noche de la habitación que habían compartido Voytec Frykowski y Abigail Folger. En el Porsche de Jay Sebring habían aparecido respetables cantidades de marihuana y de cocaína.

Se consideraba de gran valor el mango roto de un cuchillo. Faltaba la hoja. Una bandera norteamericana había sido utilizada por el asesino para secarse las manos. En el Rambler Ambassador había una radio-despertador marca Sony. El aparato había dejado de funcionar a las 0,15 horas, al caer al suelo del coche. El conductor, probablemente el propietario de esta radio, la quinta víctima de la carnicería, ya había sido identificado: era Steve Parent, de dieciocho años.

Tomándose su tiempo, los especialistas localizaron casi cincuenta huellas dactilares sospechosas. La mitad de ellas era inservible, pero con las otras se podría hacer algo positivo. De gran valor eran las que habían sido tomadas en la ventana de la habitación del hijo no nacido de Sharon Tate. Todavía había asesinos que no se tomaban la molestia de ponerse guantes.

Cerca de la una, llegó al escenario del crimen el doctor Thomas Noguchi, el forense. Lo primero que hizo fue tomar personalmente la temperatura a los cuerpos. Estudió las manos de todos ellos, en busca de algún vestigio de piel, de pelo, de alguna hebra. Ya no quedaban muchas dudas al respecto: los asesinos debían haber sido varios. El doctor Noguchi dirigió la operación de cortar el cable de nailon que mantenía unidos a Sharon Tate y a Jay Sebring. Su ayudante tomaba nota. El vientre de la actriz no había sufrido ningún rasguño. Había marihuana y cocaína en los bolsillos de Jay Sebring. Finalmente, el doctor dirigió el traslado de los cuerpos hasta la ambulancia. Antes de marcharse, prometió a los periodistas que daría a conocer el resultado de la autopsia al día siguiente, domingo 10 de agosto.

Londres. Con varios amigos, el director de cine Roman Polanski cenaba a altas horas de la madrugada en casa de Victor Lownes, director del London Playboy Club. Se hablaba de la muerte de un amigo común y, en voz baja, Polanski entonó el estribillo de una canción infantil polaca...

—Crac, crac, crac/ es demasiado pronto/ o demasiado tarde/ ¿a quién le tocará ahora marcharse?

Momentos más tarde sonaba el teléfono. Primero pareció que se trataba de un error: la llamada se interrumpió. Unos minutos después, otra vez. Desde Los Angeles, William Tennant, el *manager* de Sharon Tate, pedía que le pusieran con Polanski. Imposible saber lo que dijo Tennant. Victor Lownes y sus amigos vieron cómo, teléfono en mano, Polanski sufría un ataque de nervios.

—¡Todos muertos! —gritó—. Sharon, mis amigos, el niño... Ella era tan buena...

No pudo decir nada más: se desmayó. Faltaba menos de un mes para que Sharon le diera su primer hijo. Había perdido a su mujer y a su hijo. Y había perdido a dos de sus mejores amigos. Inmerso en su tragedia, se dejó conducir al aeropuerto de Londres, ese día medio paralizado por una huelga. Durante la larga espera fueron inútiles todos los bondadosos intentos de ayudarlo a salir de su mutismo. En esas circunstancias, la poderosa imaginación del artista era, en sí misma, una maldición.

En su edición vespertina del 9 de agosto, el *Los Angeles Times* traía, en primera plana, el siguiente titular: “Asesinos rituales”. A la salida del escenario del crimen, un policía había comentado:

—Parece algo ritual...

Las primeras informaciones habían sido elaboradas a partir de frases sueltas. La prensa sensacionalista se cebó en el crimen del 10.050 de la calle Cielo Drive.

—Todas las camas, incluidas las de la casa de huéspedes, parecen haber sido utilizadas. Parece un campo de batalla —había comentado el agente Klorman.

Y de allí salió la historia de que en la mansión de los Polanski se había celebrado una orgía. Se habló de magia negra, de rituales sadomasoquistas. Se dijo que en el interior de la casa se había encontrado el instrumental indispensable, negras máscaras de cuero, cadenas, látigos, porras, argollas, espo-

sas, vendas. De modo incontenible y morboso se iban añadiendo a lo horrendo, como si fuera posible empeorar el cuadro, nuevos detalles siniestros. Se dijo que los senos de Sharon Tate habían sido mutilados, extremo que las autoridades desmintieron enseguida.

También se dijo que no era extraño que un suceso de estas características hubiese sucedido precisamente en casa de un director de cine fascinado por el lado tenebroso de la existencia, capaz de ofrecernos una película como *El bebé de Rosemary* (en España titulada *La semilla del diablo*). Se puso de relieve el hecho de que Polanski estuviese en Londres. ¿Qué hacía él allá, mientras Sharon Tate, su mujer, yacía muerta junto a otro hombre? Se fantaseaba con las drogas, el sexo y la sangre. Sharon Tate había aparecido desnuda en *El baile de los vampiros*, dirigida por Roman Polanski. Y el propio Polanski la había fotografiado para la revista *Playboy*.

Las otras víctimas de la matanza también dieron mucho que hablar. Jay Sebring era un peluquero famoso, el peluquero de Frank Sinatra y de Steve McQueen. Se recordó su afición a la buena vida, anticipo de la catástrofe. Puestas así las cosas, Voytec Frykowski también era un personaje interesante. Polaco de nacimiento era, aparte de un director de cine fracasado, un *playboy* sobre cuyas andanzas se oyeron toda clase de murmuraciones. Como Abigail Folger era, aparte de la compañera sentimental de Frykowski, la hija del multimillonario Peter Folger, uno de los llamados “reyes del café”, se llegó a la siguiente conclusión, difícil de rebatir: a estos locos de la *jet set* la cosa se les había ido de las manos, sencillamente. Pero Steve Parent, de 18 años, acribillado en el Rambler Ambassador de su padre, no terminaba de encajar en el cuadro. Era un perfecto desconocido, de clase media, y su presencia en la casa sólo podía tener algún sentido si se ponía el acento en su juventud. Quizá andaba metido en el mundillo de las drogas. Quizá era un camello. Para muchos puritanos, un castigo divino había descendido, mercedamente, sobre el 10.050 de Cielo Drive.

Cuando la noche bajó sobre Beverly Hills el día 9 de agosto, el pánico había cundido en los ambientes relacionados con el cine y la canción. ¿Cuál había sido el motivo de la matanza? La gente, como la policía, se inclinaba a descartar que el móvil hubiera sido el robo. Los asesinos no se habían llevado el reloj de Jay Sebring, un Cartier de oro, ni tampoco los pendientes de Sharon Tate. Había unos cuantos dólares en el bolso de Abigail Folger. Los asesinos no se habían llevado nada.

Descartado el robo, ¿podía tratarse de una venganza? La idea de que había tenido lugar una orgía, rematada sobre la marcha con una venganza, fue estudiada desde todos los ángulos, también por la policía. Quizá la matanza habría sido impremeditada, quizá la alocada respuesta contra una vejación sexual intolerable. Otros se inclinaron a creer que el crimen había sido premeditado, obra de una secta puritana que odiaba a Sharon Tate, símbolo de la belleza femenina. Ella había sido castigada por sus frecuentes exhibiciones y por su modo de vida: la palabra *pig* [cerdo o cerda] había sido escrita con sangre en la puerta, a modo de sentencia.

Domingo, 10 de agosto de 1969. Son alrededor de las ocho y media de la tarde. Un coche se detiene frente al número 3.301 de la calle Waverly Drive, en el distrito de Los Feliz, de Los Angeles. Con su bolso de viaje, llega Frank Struthers, de dieciséis años, hijo del primer matrimonio de Rosemary, casada en segundas nupcias con Leno LaBianca. Frank se despide del amigo que lo ha traído y le ve alejarse por la calle solitaria. Frank ha pasado unos días de vacaciones practicando esquí náutico en el lago Isabella, con su hermana, con su madre y con Leno. Éstos han vuelto el día anterior. Y allí está el Thunderbird, estacionado en la calle. A Frank le sorprende que Leno no lo haya metido en el garaje y que todavía tenga enganchado el *trailer* con la lancha.

Las persianas están echadas, cosa inusual. Frank silba para anunciar su llegada. Ya inquieto, se encamina a la puerta posterior. Se la encuentra cerrada. Llama con los nudillos. Nadie le contesta, tampoco los dos perrillos de su madre. En el garaje, los esquís están apoyados contra el segundo coche de la familia, otro Thunderbird. Frank da golpes en una de las ventanas y llama a su madre. ¿No hay nadie en casa? ¿Por qué están todas las luces apagadas?

Frank decide llamar por teléfono desde una cabina que está al otro de la calle. Nada. Desde la cabina, contempla la casa con una angustia creciente. Pero esta angustia no le parece justificada. ¿Se está preocupando por nada, como tantas veces su madre? Lo más probable es que Rosemary y Leno hayan salido. Frank llama a su hermana Susan, que no vive lejos, para preguntarle si sabe algo. Es raro, le dice ella. Al regresar del lago Isabella, sus padres la dejaron en su apartamento, ya de noche. Ha sido un viaje muy agradable. Sí, es raro que el coche esté todavía en la calle.

Alrededor de las diez de la noche, la hermana de Frank viene con un amigo llamado Joe. Contemplan el 3.301 de Waverly Drive. La casa está en si-

lencio, muy oscura. Susan recuerda que Rosemary acostumbra a dejar su llavero en el contacto. Frank está muy nervioso; por eso ha pasado por alto este detalle. Susan tiene razón: el llavero está en el contacto. Los tres muchachos se dirigen a la puerta posterior y la abren. Los dos perrillos de Rosemary LaBianca se alegran al verlos. Como por instinto, Susan se queda en el umbral de la cocina y los dos muchachos, ya con miedo en el cuerpo, se internan en la casa.

En la sala de estar, Frank y Joe encuentran a Leno LaBianca. Les basta un vistazo para salir corriendo. En la cocina, Susan acaricia a los dos perros cuando Frank la coge del brazo y la empuja fuera de la casa. Joe logra dominarse: quiere llamar a la policía, pero no llega a hacerlo, porque ve dos palabras escritas con sangre en la blanca puerta del frigorífico. *Healter Skelter*. Es el terror. Joe deja caer el auricular. Los tres muchachos van por la calle, pidiendo auxilio a gritos.

La policía tarda un cuarto de hora en llegar. Se prohíbe la entrada a los curiosos y muy especialmente, a Susan y a Frank, ahora empeñados en verlo todo.

Leno LaBianca ha sido acuchillado en la sala de estar, donde la policía lo encuentra en un charco de sangre, sentado en su rincón predilecto del sofá y rodeado de las arrugadas páginas de varios periódicos. Le han amordazado con un trapo. Sus gafas están tiradas en el suelo, rotas. Tiene un tenedor de cocina clavado en el vientre. Sobre su pecho desnudo alguien ha inciso toscamente una sola palabra: *war* [guerra]. Un gran tapiz ha sido descolgado de la pared. En su lugar está escrita con sangre la siguiente maldición: *death to pigs* [muerte a los cerdos]. En uno de los valiosos cuadros de Leno LaBianca, sobre un fondo de mar y de cielo, una mano criminal ha dejado escrita una orden: *rise* [resucita]. Leno ha muerto con las manos atadas, sin defensa posible.

Rosemary LaBianca ha sido acuchillada sobre su propia cama. La funda de su almohada ha sido utilizada como caperuza. Tiene las manos atadas a la espalda. Tiene el cable de la luz de su mesilla de noche fuertemente atado alrededor del cuello.

El doble asesinato del 3.301 de Waverly Drive produjo una conmoción indescriptible. Era inevitable compararlo con la matanza del 10.050 de Cielo Drive.

—Si el asesino no es el mismo, el de hoy ha copiado exactamente al de ayer —sentenció uno de los investigadores.

Según *Los Angeles Times*, en el frigorífico de la cocina de los LaBianca decía lo siguiente: *death to pigs* [muerte a los cerdos]. Recuérdese que la palabra *pig* [cerdo/cerda] había aparecido en la crónica sobre la matanza acaecida en casa de los Polanski. La policía no se dejó impresionar. El asesinato de los LaBianca podía ser un copia malintencionada, basada en las informaciones periodísticas de la víspera, para crear confusión.

La policía no desmintió la información publicada por el *Los Angeles Times*. En la puerta del frigorífico de los LaBianca no decía *death to pigs*, sino *healter skelter*. Era importante ocultar el detalle, para poder utilizarlo en las pruebas que se hiciesen con el detector de mentiras.

Aunque públicamente se hablara de “los asesinos de Tate-LaBianca”, la policía optó por estudiar los crímenes por separado. Los estilos de vida y las amistades de las víctimas del día anterior no tenían nada en común con el matrimonio LaBianca. No se podía desoír la voz de los amigos de Leno, convencidos de que él y su mujer habían sido asesinados por la mafia. Las actividades y los negocios de Leno obligarían a consumir muchas horas de trabajo. Era un hombre muy rico y había comprado el 3.301 de Waverly Drive a Walt Disney.

Leno LaBianca poseía nueve caballos de carrera, incluida Kildare Lady, una yegua famosa. Aparte de gastarse el dinero en el hipódromo, donde había sido capaz de perder quinientos dólares en una tarde, era conocido por su afición a la numismática. Su colección de monedas raras valía unos veinte mil dólares. Sus negocios eran enrevesados y múltiples. Tenía propiedades en California y Nevada. Formaba parte del consejo de administración del Hollywood National Bank. Era inmensamente rico. Y lo mismo se podía decir de su mujer, Rosemary LaBianca, de treinta y ocho años, copropietaria de una famosa *boutique*. Rosemary dejaba a sus hijos una fortuna: casi tres millones de dólares. Pero no había ningún motivo para pensar que los asesinos hubieran tenido la intención de robar. En el 3.301 de Waverly Drive no faltaba nada. Sería necesario investigar a los hijos, a Frank y a Susan, siguiendo el protocolo habitual. Eran los beneficiarios directos de la póliza de seguros suscrita por el padre millonario.

Los expertos en huellas digitales trabajaron toda la noche en el 3.031 de Waverly Drive. Al final, después de grandes trabajos, se quedaron con veinticinco, de las cuales sólo seis parecían de interés.

El doctor Noguchi se presentó a primera hora de la mañana. Estudió atentamente los cuerpos e indicó a los fotógrafos desde qué ángulo debían captarlos. Noguchi era atentamente escuchado no sólo por su ayudante, sino también por el inspector que se había hecho cargo del asesinato del músico Gary Hinman, acaecido el 27 de julio. Había cierto parecido entre los crímenes de los últimos días y el que acabó con la vida del músico. En la pared, al lado del cuerpo de éste, el asesino, con su sangre, había dibujado la silueta de un gato y había escrito lo siguiente: *political piggy* [cerdito político]. Pero no había que sacar conclusiones precipitadas.

Escribir en las paredes con la sangre de las víctimas es, por así decirlo, una costumbre. Por otra parte, la palabra *pig* [cerdo/cerda], escrita con sangre tanto en casa del músico, como en la de Sharon Tate y en la del matrimonio LaBianca no podía tomarse como base de una investigación, por ser una palabra de uso común. Muchos blancos llamaban cerdos a los negros, y viceversa; ricos y pobres se tributaban mutuamente esta palabra insultante. Los Beatles habían popularizado una canción titulada “Piggies” [cerditos]. Y además había un dato a tener en cuenta: el presunto asesino del músico Hinman, un tal Bob Beausoleil, ya llevaba unos días en la cárcel.

De acuerdo con el informe del doctor Noguchi, en casa de los Polanski se habían asestado *ciento dos puñaladas*. Sharon Tate había recibido dieciséis cuchilladas, Jay Sebring siete y un balazo. Abigail Folger había sido traspasada veintiocho veces. Voytec Frykowski tenía cincuenta y una heridas de arma blanca y había recibido dos tiros. Cuatro disparos habían acabado con la vida de Steve Parent. Todas las balas procedían del mismo revólver de calibre veintidós. No había indicio alguno de que en la casa hubiera tenido lugar una orgía. En el informe del doctor Noguchi se hacía notar que el asesino no había apuñalado a Sharon Tate en el vientre. Su hijo, a punto de nacer, se encontraba en la posición correcta. Había sobrevivido a su madre por lo menos durante veinte minutos.

Todos los esfuerzos por resolver rápidamente el caso Tate se centraban, como declaró Robert Helder, responsable de la investigación, en obtener una confesión de William Garretson. Era de suponer que se derrumbaría de un momento a otro. Pero William parecía un disco rayado.

Se hallaba al servicio de los Polanski, cuidaba la mansión en ausencia de los inquilinos, que viajaban mucho, y sobre todo se ocupaba de alimentar a

los perros. Cristóbal era el más feroz. William añadía siempre lo mismo: antes había estado al servicio de Rudy Altobelli, el propietario del 10.050 de Cielo Drive. Altobelli le había contratado como guarda y de servirle a él había pasado a servir a los Polanski. Estaba deseando que Altobelli volviese de Europa, porque le había prometido un pasaje de avión, para regresar a Lancaster, su ciudad natal. ¿Cuándo había conocido al citado Rudy Altobelli?

—Yo hacía autostop, me recogió y nos hicimos amigos. Me pagaría cincuenta dólares a la semana por cuidar su casa de Bel Air. Y por cuidar a Cristóbal...

Siempre la misma historia, una y otra vez, con las mismas consideraciones sobre las formas de ladrar de Cristóbal, sobre su fiereza, sobre lo quisquilloso que era el terrier de Abigail y sobre el buen carácter del dálmata de Sharon. Fue muy fácil averiguar que el joven tenía antecedentes. Había pasado una buena temporada en un correccional de menores por robo. Parecía increíble que un millonario como Altobelli pudiese confiar su casa de Bel Air a un personaje así, de la noche a la mañana además. Pero en estos tiempos podía suceder cualquier cosa. Era como si se hubiese establecido el reinado de la confianza y de la improvisación. William Garretson seguía siendo el sospechoso número uno.

¿Cómo se atrevía a decir que no había oído nada? Robert Helder le planteaba esta pregunta una y otra vez. Todo había ocurrido a pocos metros de la casa de huéspedes. Al interrogar al joven, Helder ya sabía que tanto los gritos como los disparos se habían oído por todo Bel Air. Así lo atestiguaban las pruebas periciales y el más sincero había sido el señor Kott, vecino de los Polanski. Porque Kott había reconocido lo siguiente: a eso de las doce y media de la madrugada, había oído cuatro detonaciones, antes de quedarse dormido. De modo que William Garretson tenía que volver a contar su historia desde el principio.

William Garretson aseveraba que el jueves 7 de agosto se fue a dormir tarde, no recordando la hora, habiéndose tomado cuatro cervezas, habiendo fumado marihuana y habiendo tomado, no estaba seguro, una pastilla de dextrina. Se había despertado bien entrada la tarde del día viernes 8 de agosto. Como era su obligación, se había ocupado de los perros. Después había puesto un poco de orden en su vivienda. También había limpiado el polvo. Alrededor de las nueve de la noche había salido a comprar cigarrillos

y algo de comer. Fue entonces, según su repetida declaración, cuando se cruzó con *ellos*, que regresaban a casa. Al parecer, en este punto no mentía. De acuerdo con el testimonio del propietario de El Coyote, Sharon Tate y sus amigos habían cenado en este restaurante de estilo español que no estaba lejos del 10.050 de Cielo Drive y habían abandonado el local poco antes de la nueve.

William Garretson había regresado a las diez de la noche. Primero había dado un pequeño paseo con los perros. Después se había puesto a ver televisión, con una bolsa de patatas fritas y con una cerveza al alcance de la mano. Luego, había calentado su comida. A eso de las doce menos cuarto de la noche, al oír el timbre, había salido a abrir el portón de la entrada. Su amigo Steve Parent venía a visitarlo, con el Rambler Ambassador de su padre. Era una visita inesperada. Steve no paraba de hacerle preguntas. ¿De quién era la casa? ¿Quiénes eran esas mujeres tan guapas que estaban sentadas en el borde de la piscina? William, convencido de que Voytec Frykowski era el hermano menor de Roman Polanski, contestó que una de ellas era la amiga de Polanski el menor y que la otra, la rubia increíble, era la esposa de Polanski. Parent ya se había *colocado* antes de venir:

—¿Quieres decir que Polanski tiene dos mujeres, una amante y una esposa? —preguntó, asombrado.

—No; Polanski el menor tiene una amante y la otra es la esposa de Polanski el mayor.

Steve Parent traía una radio con despertador. Quería vendérsela. Era muy buena y muy práctica. William le ofreció cerveza y lió un porro. No quería la radio. Aproximadamente a las doce menos cinco, Steve comprendió que estaba perdiendo el tiempo y llamó por teléfono a su amigo Jarold. William le oyó decir, excitadamente, que estaba en casa de un pez gordo del cine, en casa de Polanski. No, no había ninguna fiesta. Steve Parent iría directamente al piso de Jarold. Éste debía esperarlo; no tardaría mucho; tenía el Rambler de su padre. Steve aceptó la cerveza y se quedó mirando el tocadiscos, una maravilla, algo fuera de serie. William le hizo notar que no era suyo, sino del señor Altobelli. Steve Parent empezó a manipularlo con nervioso placer. Lo que más le atraía era el volumen. La voz de Mama Cass sonaba formidablemente bien. William cerró las ventanas, para que la música no molestase a Sharon Tate y sus amigos, y encendió el aire acondicionado. Hacía muchísimo calor. Hablando, se hicieron poco más de las doce. Era ya el

9 de agosto de 1969. William acompañó a su amigo hasta el coche. Cristóbal empezó a ladrar.

—¿Por qué ladra? —preguntó Steve.

—Oh, no lo sé. Siempre ladra.

William se acercó al portón, que empezó a abrirse lentamente. No se quedó a presenciar la partida de Steve. Se metió en su casa, completamente ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Mama Cass seguía sonando en el tocadiscos de Altobelli. William se sentó a la mesa, apartó el plato y se dispuso a escribir una carta. Cristóbal seguía ladrando. Había algo inquietante en esos ladridos.

William tuvo de pronto la impresión de que alguien trataba de entrar en su vivienda. Se levantó de inmediato, apagó el tocadiscos y espió el exterior por el ventanuco del cuarto de baño. No había nadie allí fuera, pero le pareció que una de las persianas de la casa principal tenía un agujero. No era más que una impresión, pero se había puesto nervioso. No era la primera vez que imaginaba cosas, por eso intentaba convencerse de que no pasaba nada, por eso intentó llamar por teléfono a un amigo, para tranquilizarse. No había línea. No iba a pensar cosas raras, porque debía tratarse de una simple avería. Creyó que todo esto le pasaba por haberse fumado un par de porros. En algún momento, no podía decir con exactitud cuándo, había apagado el aire acondicionado y había abierto la ventana de su dormitorio. Incluso, había salido de su vivienda, por la parte de atrás, antes de irse a dormir. Pero lo había hecho sin ningún motivo. Cuando llegaba a este punto, los investigadores perdían la paciencia y lo obligaban a empezar de nuevo, desde el jueves por la noche. Estaba mintiendo, le decían. ¿Pretendía no haber oído los disparos y los gritos? Tenía que decir la verdad o acabaría en la silla eléctrica. Le amenazaron con el detector de mentiras y, para sorpresa de todos, él pidió desesperadamente que lo sometieran a la prueba.

Robert Helder estaba seguro de que el joven mentía. Carecía de coartada. Era imposible que no hubiera oído los disparos. ¡Se habían oído en todo el vecindario! Helder no tomaba en consideración la opinión de un periodista que andaba por allí diciendo que William Garretson había sido drogado por los asesinos, para cargarle todos esos muertos. La otra variante obligaba a admitir que, con la misma finalidad, el muchacho había sido hipnotizado.

William Garretson salió airoso de la prueba del polígrafo. Sólo había dicho la verdad, y así lo certificó el doctor Burdick. El inspector Helder se sin-

tió completamente desmoralizado cuando llegó el informe de los expertos en huellas dactilares: William nunca había estado en la mansión de los Polanski. Cobraba sentido la evidencia de que el muchacho no tuviese el menor arañazo ni tampoco el menor vestigio de sangre. Por lo demás, la idea de que había huido presa del pánico al oír los disparos, volviendo después, no aportaba nada. El inspector Helder se vio forzado a abrir otras líneas de investigación. William le parecía un *colgado*, pero no era un tonto, ni tampoco un mentiroso. Cuando apareció en un taller el Ferrari de Sharon Tate, la credibilidad del joven empezó a subir. Ya lo había dicho él: ella había llevado el coche para una reparación y había vuelto con el Camaro, un coche de alquiler.

El domingo por la tarde, Roman Polanski aterrizaba en el aeropuerto internacional de Los Angeles. Se protegía con unas gafas negras. Su amigo y asociado Gene Gutowski leyó un comunicado: Polanski lamentaba y criticaba el morboso sensacionalismo de la prensa. Era falso que su relación con Sharon atravesase por malos momentos. No tenía nada más que decir. Fue trasladado, entre fuertes medidas de seguridad, al complejo residencial de la Paramount. Allí hizo su primera declaración a la policía. La pistola de gran calibre que habían encontrado en su casa era suya. La había conseguido para la película *El bebé de Rosemary*. En cuanto a las gafas que habían hallado sobre un baúl en la sala de estar, no tenían ningún interés. Pertenecían a un amigo suyo.

La policía tuvo que oír, pacientemente, a toda clase de testigos. El primero en comparecer voluntariamente fue Steve Brand, columnista de la revista *Photoplay*, que pasaba por ser un buen amigo de los Polanski, de cuya boda había sido testigo. Brand parecía saber mucho sobre las drogas que se consumían en el 10.050 de Cielo Drive. Helder se sintió impresionado al oír que Frykowski andaba a vueltas con el experimento de tomar mesalina durante diez días. Después compareció Rudy Altobelli, el propietario de la mansión de los Polanski, que acababa de regresar de Londres. Era un productor amigo de los Polanski. Él les había alquilado la casa, como antes se la había alquilado a Terry Melcher, el hijo de Doris Day. Era cierto que había prometido a William un pasaje de avión para que pudiera volver a su ciudad natal; era cierto que lo había recogido en una autopista. A su juicio, era un chico inofensivo. No tenía la menor noticia de que hubiera habido problemas en la relación entre Roman Polanski y Sharon Tate. Se amaban; lo de-

más eran habladoras. Si en la puerta de la casa decía *pic* y no *pig*, había que tener en cuenta que, allá por el mes de marzo, Polanski había tenido que echar a un tal Pic, un indeseable.

Más interesante fue el testimonio del pintor Witold. Desde Los Angeles, con voz temblorosa, este pintor polaco llamó a un amigo que tenía en Nueva York y le dijo que sabía quiénes habían matado a Sharon Tate. El amigo se puso en contacto con un periodista del *New York Times*, como si pretendiera vender una exclusiva. El periodista avisó a la policía de Los Angeles. El pintor fue localizado en un abrir y cerrar de ojos. Tenía miedo; creía que lo iban a matar también. Helder le prometió que sería protegido si hablaba.

El pintor fue trasladado al complejo residencial de la Paramount y empezó a hablar inmediatamente: Voytec Frykowski iba a hacerse con la exclusiva de la venta de la MDA, la nueva droga de diseño. En el área de Los Angeles, nadie podría vender MDA sin pagarle a Frykowski. Era un director de cine fracasado, y de algo tenía que vivir.

El pintor decía conocer a los asesinos, gentes del submundo de la droga. Podía ver sus caras, pero no sabía sus nombres. Eran canadienses. El pintor se ofreció a descifrar y traducir los cuadernos de notas de su amigo Frykowski, unos cuadernos indispensables para resolver el caso. Todo estaba allí. El pintor calculó que tardaría por lo menos dos semanas en traducirlos. Primero, le dijeron, tendría que ir con la policía a las direcciones que figuraban en la agenda de bolsillo de Frykowski. A ver si era capaz de reconocer a los asesinos. Ya le dejarían los cuadernos.

El lunes 11 de agosto la policía dejó en libertad a William Garretson. El día 12 los investigadores desvincularon el caso Tate del caso LaBianca. Las víctimas de las dos matanzas pertenecían a esferas diferentes.

El entierro de Sharon Tate tuvo lugar en Los Angeles, en el cementerio de Holly Cross. Allí se pudo ver, visiblemente consternados, a Yul Brinner, a Peter Sellers, a Warren Beatty y a Kirk Douglas, entre otros famosos. Y por supuesto, a Roman Polanski, flanqueado por sus amigos. Había rosas rojas sobre el ataúd. «Sharon, que los ángeles te acompañen en el paraíso».

El hecho de que muchos de los asistentes a la ceremonia fuesen armados ilustra el estado de ánimo reinante. La única armería de Beverly Hills vendió más de doscientas pistolas en un par de días. Unos treinta hombres patrullaban de día y de noche las calles de Bel Air. Muchos famosos iban ahora con

escolta. Al caso de Sharon Tate y sus amigos, y al del matrimonio LaBianca, había que sumar otros dieciocho asesinatos. Y nadie podía dormir tranquilo, a pesar de que fuentes policiales asegurasen que, después de todo, éstos últimos entraban dentro de lo normal. Las estadísticas hablaban de un asesinato diario, pero, claro, a veces ocurrían varios en un par de días, y luego ninguno...

Doce cines de Los Angeles proyectaron a la vez la película *El valle de las muñecas*, seguida de *El baile de los vampiros*, dos obras de Roman Polanski, con Sharon Tate en el papel estelar. También se consideró oportuno reponer *Mondo Hollywood*, en la que aparecía Jay Sebring, peluquero de grandes estrellas, y nadie se fijó en Cupido, un sonriente joven. Era un personaje sin importancia, haciendo de las suyas en un discreto segundo plano. Ese muchacho rubio y bien parecido se llamaba Bob Beausoleil, a partir de entonces Cupido para los amigos. Ahora estaba preso, en su calidad de presunto autor del asesinato del músico Gary Hinman.

Las líneas de la investigación del caso Tate discurrían por tres planos distintos. Se investigaba en los círculos ocultistas, en el mundo de la droga y en los dominios de la industria pornográfica. Lo que parecía una carnicería sin sentido, perpetrada en caliente, podía haber sido una fría operación quirúrgica. El inspector Helder tenía en cuenta lo dicho por Witold, el pintor polaco. Quizá éste estuviese en lo cierto al decir que Frykowski andaba metido en tratos con peligrosos traficantes. De ser así, no sería raro que éstos lo hubieran matado, y de paso, a los que estaban con él. Todo el barullo sobre el caso Tate servía para ocultar el fondo de la cuestión. Pero Helder no podía jugárselo todo a una sola carta. William Garretson había visto a Frykowski filmando las insinuantes evoluciones de una muchacha desnuda, junto a la piscina. Había que profundizar en este campo. Y también en los dominios del ocultismo, a juzgar por la película *El bebé de Rosemary*. Los intereses de Roman Polanski le inspiraban a Helder no poca desconfianza.

La policía realizó grandes batidas en los tres campos indicados, prometiendo inmunidad a cambio de información. El pintor Witold fue llevado de un lado a otro, por si era capaz de reconocer a alguien. Pronto fue necesario ampliar el terreno a batir. Los hombres del inspector Helder llegaron a Londres y se los vio haciendo preguntas en Canadá.

Ya seguro de que la policía sólo era capaz de dar palos de ciego, el adusto coronel Paul Tate, padre de Sharon, emprendió una investigación por su cuenta. Se dejó crecer el pelo y se vistió de modo extravagante. Todo ello con un objetivo bien definido. Quería penetrar en las comunidades *hippies* de California. En esas comunidades y en ninguna otra parte había que buscar a los asesinos de su hija. No es posible saber si el padre de Sharon Tate disponía de elementos de juicio bien fundados, o si se movía por los prejuicios propios de su condición de coronel. Helder lo tomó por un chalado. Mucho más sensato le parecía a este inspector el proceder de Peter Folger, el rey del café. Decidido a dar caza a los asesinos de su hija, Folger había contratado varios detectives de reconocido prestigio.

También Roman Polanski se puso a investigar por su cuenta. No creía que los asesinos fueran unos *hippies*. No compartía los prejuicios del coronel Tate. Le parecía que el inspector Helder andaba completamente desencaminado. Las drogas no tenían nada que ver con este asunto. Sharon Tate no se drogaba. Y en el 10.050 de Cielo Drive no se consumían más drogas que en otras casas de la vecindad. No tenía ningún sentido imaginar a su amigo Frykowski metido en líos pornográficos, ni tampoco como *capo* de una organización de traficantes de droga. Conocía bien a Frykowski, un amigo de la infancia. De no haber sido por el padre de Frykowski, él no habría podido rodar su primera película. Frykowski merecía ser tratado con más consideración, por lo mucho que lo habían hecho sufrir los nazis. En teoría al menos, Polanski había estado siempre al tanto de los asuntos de su viejo amigo. Como era más o menos obvio, lo había tenido bajo su protección, libre de la necesidad de meterse en líos. El pintor Witold distraía a los investigadores con sus fantasías.

A mediados de agosto, dos abogados amigos de Jay Sebring se movilizaron para encontrar a Peter Hurkos, un hombre dotado de poderes paranormales. La idea de recurrir a los servicios profesionales de Hurkos había partido de John Phillips, el compositor de The Mamas and The Papas, el autor de la canción "Tirador certero", cuya partitura había sido encontrada por la policía en el atril del piano de los Polanski. Según Phillips, Hurkos era el hombre indicado para resolver el caso. Bastaba con dejarlo husmear en el escenario del crimen.

El 17 de agosto Roman Polanski entró por fin en su casa de Bel Air, seguido por el señor Hurkos y su ayudante, por el escritor Tommy Thompson

y por el fotógrafo Julian Wasser. Polanski se puso a contarle al escritor los pormenores de la matanza, mientras Wasser sacaba fotografías. En la acristalada puerta de entrada se leía la indeleble palabra *pig*. Polanski se dejó fotografiar al lado de ella y del charco de sangre seca que había en el umbral y en el felpudo de la entrada. Hurkos iba de un lado a otro. Hay personas que tienen la rara capacidad de encontrar pozos de agua subterráneos con la ayuda de una simple varita. Se suponía que Hurkos era capaz de algo más difícil. Pues lo creían capaz de captar las vibraciones que los asesinos habían dejado en la casa, así como de interpretarlas. He aquí las declaraciones de Hurkos a la salida del 1.050 de Cielo Drive:

—Tres hombres mataron a Sharon Tate y a sus amigos. Ya he revelado a la policía su identidad. Deben ser apresados lo antes posible. De lo contrario, volverán a matar.

En cuanto a las fotografías que tomó Wasser, no tardaron en aparecer en la revista *Life*. El 19 de agosto Polanski dio una conferencia de prensa en un lujoso hotel de Los Angeles. Se disponía a abandonar la ciudad. Le daba asco lo que oía sobre orgías y drogas. Sharon no se merecía ese tipo de basura.

—Todos ustedes saben lo hermosa que ella era y muchas veces leí y oí que ella era una de las más hermosas mujeres del mundo, si no la más hermosa. Pero pocos de ustedes saben lo buena que ella era. Ella era sensible.

No era verdad que Sharon Tate se drogase; era falso que hubiesen tenido problemas conyugales.

—Yo puedo decirles que los últimos meses han sido los más felices de mi vida.

Cuando le preguntaron qué hacía Jay Sebring en su casa, Polanski respondió secamente:

—Era un amigo íntimo que podía llegar a casa sin avisar, pedir una cerveza y sentarse a charlar un rato.

A continuación, sin dar explicaciones, Roman Polanski y su amigo el compositor John Phillips volaron a Jamaica. Ellos también se habían visto subyugados por las fantasías del pintor Witold. No era fácil imaginar a Frykowski metido a traficar con drogas, pero Witold había dicho que sus relaciones peligrosas tenían algo que ver con Jamaica, con una secta vudú. Phillips había consultado a un astrólogo vudú y para gran sorpresa de todos éste le había revelado que precisamente la medianoche del 8 al 9 de agosto era un momento cumbre en la liturgia de la secta, el momento del *sacrificio*.

Y por cierto que, según el astrólogo, Frykowski había sido amenazado por adeptos al vudú unos días antes de su muerte.